

LA ORIENTACIÓN EN EL ESPACIO Y PSICOPATOLOGÍA DE LA ORIENTACIÓN (*)

Dr. J. VILATÓ GÓMEZ

Director del Instituto Psiquiátrico de San Baudilio (Barcelona)
Académico C. de la Real de Medicina de Barcelona

Al tratar de la orientación en el espacio es nuestro objeto llegar a su concepto psicológico.

Intentaremos interrogar directamente al psiquismo, analizando su función, con el fin de ver las posibilidades de que disponemos para una definición de ese concepto. Este será el método preferido.

La empresa no es fácil. Viviendo el hombre en un medio ya de por sí complejo, con el que está en íntima relación y siendo él, a su vez, unión de lo orgánico y lo psíquico, el separar lo que pertenece a cada una de esas partes es tarea laboriosa que no siempre permite precisión en las ideas.

Para esto, una revisión y crítica de lo que en otros terrenos de la investigación se ha efectuado y puede realizarse, es necesario, si queremos comprender cómo es ese sentimiento de la orientación, llamémosle así; en qué consiste esa noción que de él tenemos y cuál es el mecanismo que le mantiene. Y en consecuencia, cuáles son las causas de su perturbación, que es la llamada «desorientación espacial». Esa revisión nos prestará también materia de estudio, para ir, por lo menos, sino otra cosa, precisando los términos en los que se ha de plantear el problema de la orientación en el espacio.

A este fin dividiremos nuestra exposición en diferentes partes, que son otros tantos aspectos o modos de considerar la orientación espacial; tales son:

La orientación en Fisiología.

La orientación y la Expresión, o su aspecto en el lenguaje, con algunas consideraciones filosóficas sobre ella.

La orientación en Psicología comparada.

La Patología de la orientación.

Concepto psicológico de la orientación.

Como esta descripción abarca excesiva extensión para una sola comunicación y cómodamente puede exponerse en dos sesiones, trataremos de las tres primeras partes, dejando la patología y deducciones psicológicas para una segunda comunicación.

I

La orientación en Fisiología. Lo psíquico y lo psicológico

Tenemos particular interés en separar lo que ha de considerarse del dominio psicológico de lo que es del fisiológico; porque precisamente esa diferencia existe. Pero ¡cuántas dificultades al efectuar esa diferenciación, que no siempre es posible!

Van en la vida tan íntimamente engarzadas ambas actividades que hay momentos de perplejidad y de dudas en la selección de los hechos, que no hemos de olvidar, son todos ellos biológicos y, por tanto, tienen una naturaleza común. Pero el paso de lo fisiológico a lo psicológico es uno de los insondables misterios para la ciencia.

Precisamente, cuando tratamos de conocer la psicología de la «orientación espacial», es más notable esa confusión. Pero aun, ese «sentimiento» (1) de co-

(*) Sesión científica del 3 da Marzo de 1947. Presidencia Prof. Peyrí.

(1) Entendemos aquí y en materia de psicología por «sentimientos», sensaciones internas (psíquicas) de un conocimiento, no siempre por completo consciente, de algo que despierta alguna inclinación.

nocer nuestra situación en el ambiente, que en eso consiste la dicha orientación, va unido a otro sentimiento cuya génesis es casi exclusivamente fisiológica: la sensación de «seguridad», consecuencia, a su vez, del equilibrio, lo que aporta a la psiquis un conocimiento previo, sin el cual, el de la situación no sería posible.

Hasta el punto que hay que comenzar por «estar seguros», o sea, tener el sentimiento de «existir», sin el cual no hay posibilidad de saber «cómo existimos (situación)».

Esa «seguridad» es la síntesis de las sensaciones de equilibrio.

Poseemos la noción de nuestra posición y podemos modificarla a voluntad, como podemos dirigir nuestros movimientos en medida y velocidad deseadas: gobernamos nuestra estática y nuestra dinámica.

Esta posibilidad, o mejor, esta noción, la del equilibrio, es en lo que se apoya el conocimiento de «ser» o de existencia, que de definirlo, diremos que es el conocimiento y el dominio de nuestra actividad. Indispensable como complemento de este conocimiento, hay la orientación propiamente dicha, la llamada «orientación en el espacio» que a pesar de estar relacionada con el ambiente, no depende de él, es absoluta; de manera que por sólo una adquisición natural, la referimos a lo que llamamos espacio.

Pero independientemente de él y de los objetos que contiene (ambiente) subsiste en el psiquismo ese conocimiento.

Aunque el equilibrio — en la más amplia acepción que damos a esta palabra — es del dominio de la Fisiología, hay, no obstante, en él un factor psíquico. Gracias a todas las sensaciones recogidas en la periferia, llega a los centros la noción de los estímulos recogidos en aquélla y de ahí, parten, por las numerosas y complicadas vías a las zonas motoras, cerebral, mesoencefálica y espinal, las incitaciones que, completadas con las que van a los núcleos motoculares y que producen movimientos reflejos, así como las que van a la corteza cerebral, a la corteza y núcleos cerebelosos y a las astas anteriores de la médula, despertando diversos reflejos motores, de movimientos, de coordinación, estáticos, etc.

En otro lugar hicimos el estudio de las funciones laberínticas y vestibulares (centros y vías vestibulares) que nos excusa el repetirla aquí; y, además, constituye una relación exclusivamente fisiológica.

Hace ya tiempo que se dijo que en la apreciación del espacio y en la interpretación de la orientación, hay que considerar dos clases de funciones: unas elementales o primarias y otras más elevadas o superiores. Están integradas las primarias por la asociación de nociones aportadas por los sentidos, particularmente esferas visual y táctil.

A su vez, la sensibilidad profunda aporta sensaciones inconscientes, pero de notable trascendencia, reacciones del tipo quinestésico: es el llamado sentido quinestésico, que cuida y regula las actividades motoras, los movimientos todos con las particulares nociones que esa sensibilidad profunda suministra: barestias, sensibilidad segmentaria y de posición, etc., recogidas y ordenadas por la función laberíntica, se regula la actuación quinética.

Así, por ejemplo, el caso particular del movimiento de desplazamiento, se interpreta como la consecuencia de la condensación de impresiones visuales y quinestésicas en percepción única: una supuesta síntesis nerviosa de los centros.

Se ha considerado a la actividad ocular (movimientos y posición de los ojos), como fundamental en la génesis de la representación mental de la «dirección» (GRUMBAUM). Hechos clínicos comprobados en traumatismos de cráneo, con lesiones cerebrales, por heridas de guerra, parece confirmar esta opinión (GORDON HOLMES). Pero se ha recordado a este propósito que en ese sentido de «dirección» intervienen también, en cierto grado, las percepciones suministradas por la esfera acústica.

Asimismo, puede argüirse también que en los animales particularmente, las sensaciones olfatorias representan importante papel en la orientación de la dirección. Luego, en los respectivos apartes de este trabajo, volveremos más extensamente sobre estas cuestiones. El problema de la dirección, y por ende de la orientación, es más complejo de lo que los investigadores han dicho; y posiblemente, variable también, según los diferentes animales. Recuérdese a este propósito las observaciones de los naturalistas sobre la sensibilidad de las antenas

de los insectos (hormigas), la sensibilidad de los pelos de otros animales, los fototropismos, etc. Además de la importancia que se ha dado a la visión (panorámica) en aquellos que gozan de excelente sensibilidad en este sentido, como son los heminópteros y las aves. En fin, el conjunto de teorías y opiniones en zoología y en clínica, son insuficientes para deducciones decisivas.

Como complemento a esto, y para dejar de momento la cuestión, añadamos el valor que se le da particularmente a las percepciones visuales que contribuyen a reseñar sobre las distancias, los relieves, las profundidades. Se ha hablado, también, de un «sentido geométrico» especial y VAN WOHERKOM ha establecido unas «pruebas» (tests) para su exploración, catalogándola entre los fenómenos prácticos.

Ahora bien, con el conjunto de esas funciones primarias, se elaboran síntesis, que constituyen las funciones superiores. Para un fisiólogo es relativamente cómodo hablar de formación de síntesis como resultado de la actividad neuronal en la corteza cerebral, pero para el psicólogo las cosas se complican más, no bastando ni con mucho estas explicaciones de las supuestas funciones superiores de los centros.

La concepción de la reparación de funciones primarias y funciones superiores ha sido ideada por la observación de un hecho clínico, curioso por cierto, en heridos de cerebro con lesiones en el lóbulo frontal, en los que se ha evidenciado una disociación de esos dos tipos de funciones. En tanto que esos lesionados conservan las funciones primarias, recibían y distinguían todas las percepciones, habían perdido el poder o facultad de utilizarlas en una síntesis superior, originándoles una desorientación espacial (P. MARIE, BOUTIER BOGART (1)).

Con lo que acabamos de exponer se comprende la importancia de estos hechos de fisiología nerviosa en la génesis de las representaciones espaciales, al mismo tiempo, podemos darnos cuenta de la complejidad del mecanismo que logra su formación. Mas, nos interesa hacer constar cómo destaca en estos trabajos, así como más adelante veremos en otros capítulos, la tendencia en los biólogos, luego será en los clínicos, a confundir lo fisiológico con lo psicológico, mejor dicho, la intención a reducir a una función neuropsíquica todos los hechos de la vida de relación, error que ni los progresos anatómicos, ni los avances de la Fisiología de los centros nerviosos, pueden justificar. El paso de ésta a lo puramente psicológico, no es franqueable.

II

Orientación y lenguaje. Aspecto filosófico

Siempre que hablamos de «orientación espacial» lo hacemos empleando una denominación didáctica, porque el uso ha establecido la palabra «espacio» en psicología, no porque creamos que el psiquismo, en su vida ordinaria o común, utilice este concepto con la precisión o claridad que se considera científicamente, un matemático o un físico, por ejemplo.

La idea «espacio» es una concepción netamente metafísica, que las matemáticas utilizan en sus especulaciones. Para tener esa idea de modo preciso, que tiene un carácter francamente abstracto y para el empleo correcto de esta palabra, se requiere una cierta cultura científica, una ilustración que no es del dominio de todas las gentes y aun cuando el uso ha sancionado su empleo, así como variantes y derivaciones de esta palabra en el lenguaje corriente, lo hace, en este caso, de un modo, llamémosle así, ambiguo, pues es como una analogía algo remota.

Si tuviéramos un concepto preciso del espacio, lo tendríamos también, probablemente, *a priori*, de su cálculo, sin necesidad de recurrir a la prueba (mediciones) para saberlo de autemano; conoceríamos exactamente las «capacidades»

(1) Rev. de Neurol. - París, Sept. 1924

y ya se ve claramente que esto no es psicológico sino cultural (1). Y como cuando en nuestra vida diaria y corriente, pensamos en un lugar o sitio (espacio), si ciertamente también pensamos, en cierto modo, en su cabida (capacidad) lo hacemos igualmente de un modo especial. Si nadie pretende enhebrar una aguja de coser con un cordel grueso ni a nadie se le ocurre pasar todo el agua de un cubo a un vaso de beber, tampoco hay quien sea capaz de saber *a priori* los litros de agua que caben en un determinado recipiente. Tenemos, pues, una idea de la capacidad en cierto modo amplio e impreciso.

Piénsese, además, que una noción de capacidad precisa, para el modo como está organizado el psiquismo, sería una dificultad que se opondría a lo que podemos llamar «facultad de acomodación», que es esa facilidad y soltura con que abarcamos cualquier acción o fenómeno, sin reparar demasiado en tamaños o distancias, tanto en lo extraordinariamente grande como en lo extremadamente pequeño, en lo enormemente distante como en lo íntimamente próximo. Esa sencillez con que nos acomodamos en el conocimiento de cualquier fenómeno haciendo caso omiso de sus circunstancias ponderales, prueba que tenemos «algún» concepto de la capacidad, pero ésta es *sui generis*.

Sabemos que algo inmenso nos rodea, tan inmenso que cabe en ese ambiente todo cuanto podemos imaginar; y no obstante, en nuestro continuo vivir no empleamos el «infinito» más que en concepto metafísico.

El «infinito» para el matemático es una cantidad (una magnitud); para el metafísico el límite de lo inacabable; para la lógica es propiedad del espacio; para el teólogo, atributo de la Divinidad. Todas estas ideas son de trascendencia en la esfera de la razón y juicio crítico.

BERGSON ha dicho que el infinito no constituye problema para la filosofía, como también lo ha dicho del espacio. Nosotros diremos que al psiquismo elemental no le interesa.

El hombre, en antiguas épocas, tenía un concepto «limitado e incompleto del infinito». Posiblemente los individuos de las actuales razas incultas que viven de modo primitivo, pueblos llamados salvajes, no poseen esa noción.

Si haciendo un esfuerzo de abstracción nos consideramos en el «infinito», dando vueltas por un interminable espacio, en un vivir ilimitado y sin fin, nos desorientamos y caemos en una confusión ansiosa. Hágase la prueba.

La palabra «espacio» es empleada en nuestra corriente expresión hablada como refinamiento de lenguaje y por personas de cierta cultura, o que pretendan tenerla. Pero como a idea concreta, prescindiendo de su concepto fundamental, que es únicamente una abstracción. Se dice por ejemplo: «hay poco espacio»; o bien esta otra expresión: «ocupaba otro espacio».

Es el físico o el matemático quien en su especial terminología le da un determinado concepto de carácter genérico, pero aun así, muchas veces lo hace con cierto carácter de «limitación espacial». Y hacen de esta palabra el sustantivo con el que denominan el medio en que tienen lugar las acciones ilimitadas o con precisión abstractas. Así, dicen, «supongamos un punto en el espacio»; o bien, «los rayos luminosos que cruzan el espacio»; y tratan «de órbitas desarrolladas en el espacio».

Por una tendencia natural de nuestro psiquismo a lo concreto, aun en las mismas abstracciones, al objeto de una más fácil comprensión, el hombre de ciencia en su lenguaje, manifiesta en múltiples ocasiones esa limitación conceptual. Véanse las expresiones: «los astros que pueblan los espacios» y otras similares. ¿Por qué emplea ese plural cuando el espacio es único, es el medio común a todos los seres reales y figurados y más cuando habla de la «geometría» del «espacio»? Es que con esa tendencia espontánea a concretar, en cierto modo lo considera como si estuviese parcelado, digámoslo así, ya que cada ser ocupa una

(1) Hágase la prueba. Así como en concepto del tiempo hay «la prueba del minuto»: apreciar, reloj en mano, si un individuo es capaz de señalar exactamente cuánto tarda en transcurrir un minuto, puede, igualmente hacerse la prueba de la capacidad pidiendo un cálculo de la misma. Por ejemplo: ¿cuántas personas caben en «tal» plaza?, ¿cuántos litros de agua caben en este recipiente? Y ya es sabido, naturalmente sin previo cálculo, las enormidades que llegan a decir las personas no habituadas a esas mediciones aproximadas.

porción de él; y así, le aparece como un agregado de muchas porciones de una misma cosa, lo que expresa empleando el plural (1).

En el sentido figurado, como antes digimos y por elegancia en el lenguaje, se habla de espacio genéricamente y con cierto cientificismo, aun en banal conversación. Se hace del mismo modo que cuando en un plan análogo se habla del «vacío» queriendo indicar a un tiempo espacio no ocupado, idea de inmensidad deshabitada; vr. gr.: «caer en el vacío»; o bien, «sentir un vacío en derredor»; o para expresar el ostracismo que se condena a una persona, se dice «hacerle el vacío».

El lenguaje vulgar y corriente se vale de otros modismos, menos científicos, pero más expresivos, para significar espacio; es decir, el verdadero espacio geométrico; tales son las expresiones «lugar», «sitio»; y decimos «el lugar que ocupa... tal cosa»; o bien, «este objeto ha cambiado de sitio»; «estar alguien en éste o en aquél sitio», etc. Estas palabras indican la «situación» de un objeto en el medio, con respecto a otros objetos o con relación a nosotros.

Y ya sea en modo infinitivo «estar en el sitio», o «cambiar de sitio», o bien, precisamente, un determinado y propio espacio «en su sitio», «en mi sitio»; y también con otros diversos modismos, vr. gr.: «situarse», «situación», empleamos éstas y otras expresiones, que atestiguan tenemos conocimiento intuitivo del espacio, al que sustantivamos por darle carácter material y el que orientamos mediante los adverbios «este, ese, aquel...», «este espacio...» etc., indicando al mismo tiempo que todo ser tiene pertenencia en el espacio, expresándolo con los posesivos «mi, tu, su» y el substantivo «sitio» («mi sitio, tu sitio...»).

Y es curioso observar, lo que es una prueba más de la diferencia esencial que hay entre el concepto vulgar que tenemos del espacio, del concepto científico, que es el único preciso, que cada idioma tiene sus propias expresiones en el lenguaje corriente, algunas de muy distintas raíces, para calificarlo: en latín, *locus*; en español, *lugar, sitio*; en francés, *endroit, lieu, place*; en inglés, *place, spot, site, station*; en alemán *ort, stelle, raum*; en tanto que para el tecnicismo científico en muchos idiomas se emplea la misma palabra, ligeramente modificada: *espacium* (latín), *espacio* (español), *espai* (francés), *espacio* (italiano), *space* (inglés); sólo el alemán emplea en este caso la palabra *raum*.

Pero, si el psiquismo en su labor ordinaria admite o emplea un concepto muy vago, impreciso y aun acomodaticio, del espacio, en tanto que el matemático lo caracteriza por su precisión, tiene también y en modo análogo con esa misma ligereza e imprecisión, un concepto de la «capacidad», o cantidad de espacio, que remedando el dicho vulgar podríamos decir, lo aprecia «a ojo de buen cubero». Ya lo indicamos anteriormente, es indudable que nadie pretenderá pasar por una estrecha rendija ni colocar un objeto de ciertas proporciones en espacio mucho más reducido que dicho objeto. Tenemos, además, un conocimiento de las distancias; hay un sentido de proporciones.

También dijimos antes que, si poseyéramos un verdadero concepto del espacio, pero de modo intuitivo, de igual manera tendríamos, asimismo, el de su exacta medida o capacidad absoluta, en justa correlación. Mas no es así, y en lógica correlación, igualmente, a una intuición no precisa del espacio corresponde una intuición no precisa de la capacidad. Aunque a primera vista tengamos la convicción que un cierto número de objetos pueden caber en una caja, es necesario que hagamos una prueba, intentando colocarlos todos en ella, para saberlo justamente. Si creemos que un mueble cabe en un testero de pared, solemos tomar medidas antes de colocarlo. Cuántas veces una equivocada apreciación *de visu*, de una capacidad, de un tamaño, nos engaña y nos ocasiona un contratiempo.

No obstante, esos conceptos, aunque imprecisos no sólo ordinariamente, nos bastan, si que también son los apropiados, dada su acomodaticia elasticidad en nuestra vida psíquica.

En cierto modo se puede hablar de una teoría filosófica del espacio. De esta hipótesis se desprende un inmediato corolario. Si existe un espacio, hay en él

(1) No es que gramaticalmente deje de tener plural la palabra "espacio", es por razón lógica que si el espacio es todo el lugar en el que existe o pueden existir los seres, siendo cosa única, no puede tener plural: hay un solo espacio.

lógicamente una «dirección». Y si los seres están en el espacio, han de existir distancias entre ellos. Desde el momento en que se considera que un ser está «situado», es decir, que ocupa un determinado lugar, como fijado en ese sitio, aun sea momentáneamente, hay que considerarlo como un «punto» determinado (punto de apoyo mental, punto de referencia) con el que se establece su relación con los otros seres; por lo tanto, son esos puntos indispensables para establecer esa relación.

Así lo expresa el geómetra cuando dice: «Supongamos un punto en el espacio.» Así mismo eligen los astrónomos a un determinado astro del mapa celeste que le sirve como punto o centro de sus referencias y establece con él toda la métrica cosmológica. Y si es verdad que muchas mediciones las refiere a la Tierra, como que en la concepción del Universo ha de situar también a nuestro planeta, forzosamente el centro del planisferio lo ha de situar en determinada estrella. Hecho explicable si se piensa que el astrónomo — y lo mismo puede decirse para el geógrafo y para el geómetra — necesitan en sus respectivas ciencias una orientación y que la «dirección» a la que antes nos referíamos es la que marca esa orientación. Luego hemos de ver más claramente esto.

Insistiremos ahora sobre determinada cuestión, por el interés que tiene. El llamado instinto de orientación «obliga» a orientarse siempre, perdónese la redundancia, porque de lo contrario inmediatamente surge la confusión, y tanto en la razón pura, en la ciencia, como en la vida ordinaria, «no se adelanta un paso sin estar orientado».

De estos razonamientos otro hecho también se desprende, como igualmente después veremos, al tratarlo más adelante. El instinto lleva en sí «una dirección» y ésta está preestablecida. Pero, asimismo, también nuestro psiquismo tiene marcada esa dirección, lo que manifestamos al saber intuitivamente que hay una «arriba» y un «abajo», un «adelante» y un «trás», etc., y esto también es el origen del «zenit», del «horizonte», del «oriente» y «occidente»; en fin, de los «puntos cardinales», de astrónomos y geógrafos.

Añadamos, finalmente, ahora sólo como indicación, lo que será tema importante en el capítulo del concepto psicológico de la orientación, que de lo dicho se origina la idea de nuestra «centralización», en la que el psiquismo se hace centro de sus actividades.

Así se explica lo que podríamos llamar el fenómeno de los dos centros de los astrónomos. Por esa intuición-instinto, de momento llamémosle así, el astrónomo hácese como cualquier otro hombre, centro de su actividad psíquica, lo que transfiere a la Tierra, que en ella habita y en su plan pensante es expansión o ampliación de su persona, y por tanto considera a ésta como centro de sus cálculos para mediciones astronómicas. Mas como su ciencia le obliga a despersonalizarse, ya que la razón científica tiende a una realidad metafísica, busca otro centro en el mapa sideral, en determinado punto celeste, para lograr una orientación en el Universo. Este hecho de la dualidad de dos centros se repite algunas veces en ciencia; así cosa análoga ocurre en termodinámica: se estableció un cero de temperatura en el grado que se congela o solidifica el agua, pero para los cálculos ha sido preciso establecer otro centro, el cero absoluto.

Quisiéramos que quedase aclarada y precisa la cuestión de las relaciones del psiquismo humano con el medio cósmico en el que vivimos, la naturaleza de sus relaciones, que en el problema de la orientación es trascendente.

A este objeto recordemos que el Universo lleva una marcha, no tan sólo por lo que respecta a los movimientos de los astros, si que también en la evolución de la vida de esos seres. Siguen un camino determinado en el espacio, no se apartan de su trayectoria u órbitas, y a su vez, todo el conjunto lleva también un «sentido» en su dirección. Esto es inmutable, la mecánica celeste está «definitivamente» establecida. No entraremos en explicaciones ni en razones del por qué y para qué de todo eso. El hecho importante que debemos anotar es que la vida cósmica lleva una sola dirección, y en ésta se funda lo que puede llamarse orientación sideral.

Pues bien; dentro de poco hemos de ver, y así queremos demostrar, como esa condición del cosmos se refleja en el psiquismo humano, o, mejor, cómo se hace partícipe de esa dirección; y así, también, lleva su marcha en una sola e inmutable dirección establecida.

Esta idea, para nuestras investigaciones, no es nueva; en otros conceptos

psicológicos lo hemos insinuado ya; hemos encontrado otras veces analogías de esta índole. En el «concepto de la orientación en el tiempo» hay análogo paralelo al considerar el tiempo universal. Y es harto conocida la afirmación de algunos psicólogos, referente a la «memoria inorgánica», cuando hablan de la memoria de todos los seres. Ese paso gradual de los fenómenos de lo inorgánico a lo organizado y del animal al hombre, aporte, naturalmente, de las consideraciones que en cada terreno deben hacerse, responde a un principio, el de la unidad de organización y evolución en la Naturaleza. Aclaremos aquí este concepto: lo que en el mundo de lo inorgánico es un fenómeno físico, por una perfección y una adición, viene a ser un fenómeno biológico, y ese determinismo constituye los hechos instantivos; esa adición de «algo» nuevo, que no existe en lo inorgánico, es muy importante y es la característica de la función vital. Y en la evolución filogénica prosiguiendo los fenómenos ya instintos pasan al ser humano, con una nueva adición, que les da el carácter de «facultades»; y esa segunda adición al fenómeno es la «voluntad» y «libre elección».

Estos distingos que establecen inconfundibles diferencias, el estado actual de las ciencias no los derrocan; por el contrario, los afirman con mayor solidez y aun tienden a explicarlos.

No puede desecharse la idea que existiendo tan intensa unión entre lo psicológico y lo somático, las manifestaciones psíquicas participan de la organización animal; y no se puede negar que el animal, a su vez, está constituido con material del mundo inorgánico y de energías físicas, apoyándose, por tanto, en hechos físicos. El plan de la naturaleza es uno y el psiquismo está en la naturaleza.

Insistimos una vez más en la capital diferencia que los experimentadores (en psicología comparada) no han querido ver; que es la infranqueable distancia que media entre el hombre y los otros seres; diferencia que, como ya se ha dicho, es la aparición de la voluntad y libre albedrío.

Esta digresión filosófica la hacemos no sólo para marcar lo distinto que se ha de considerar lo psicológico de lo fisiológico, si que también la hacemos para que luego, al tratar del concepto de la centralización más extensamente, nos percatemos que, lejos de ser una elucubración caprichosa o especulación inútil, es hecho correlativo y básico en toda organización del mundo cósmico.

Claro está que en séguida cabe preguntar si es correcto decir que el mundo cósmico tiene una orientación o si ésta así nos parece por la proyección de nuestra razón, de nuestro pensamiento, o, mejor, de nuestro psiquismo en el medio ambiente. Sea lo que fuese, no tenemos más que unos ojos para ver las cosas; así las vemos, y no es posible que sea de otro modo.

Si los seres todos tienen condiciones esenciales (que son la propiedad que constituye la esencia de las cosas) nos aparecen también con un conjunto de «accidentes» que han sido «ideados» por el hombre. El mundo, con sólo sus propiedades esenciales nos sería confuso, oscuro, indistinguible si no le aplicásemos los accidentes, que no residen en el objeto; han sido ideados por nosotros y aplicados a él. Son cosas que sólo existen en los ojos del alma y de la razón y que a modo de reactivos nos permiten una fina selección y definición de las cosas.

Para completar este concepto expresivo de la orientación en el espacio, recordemos algunos modismos empleados en el lenguaje que nos indican el modo como tratamos del espacio en nuestra vida común.

He aquí unas cuantas expresiones entresacadas de nuestro modo de hablar que, advertimos, representan un cierto modo de expresión culto y que, si en parte han sido vulgarizadas, son de origen relativamente moderno; pero ya inscritos en el diccionario y que tienen, a nuestra consideración, la particularidad de ser un modo vago e impreciso de emplear la idea fundamental de espacio. Sean, por ejemplo: «Espaciosamente», adverbio que indica el modo de hacer una cosa, no precisamente la idea de lugar. «Espaciosidad», substantivo que indica una idea absoluta de acción, cualidad de tener espacio. «Espacios», adjetivo calificativo que indica, o bien la cualidad de tener espacio, o que el sujeto de lo oración al que hace referencia es amplio; es idea de cualidad, de acción de contener, no de lugar en sí.

Se ve, por tanto, que estas expresiones, más que la indicación de lugar, lo que es una cosa pasiva, inerte, las refiere al lenguaje, a una cierta actividad o acción.

Aun, en otros casos, más alejadamente de su verdadero concepto, se emplea la palabra espacio como magnitud o extensión, o como cualidad de tiempo y aun como ambos conceptos fusionados: «con espacios entre las cosas»; así también: «espaciando los tiempos»; y otras semejantes.

Repetimos que éstas son ideas de acción y no de lugar, aunque existiendo una referencia a éste, por lejana que sea. Por tanto, hay en ellas una «intención» expresiva de otra cosa, que no es la de precisar un espacio.

Esa maleabilidad, con aspecto a veces casi arbitrarios, esa aparente frivolidad de lenguaje que tanto facilita nuestra expresión, relega a último término el concepto de espacio o éste llega a perderse completamente. Con lo que, a mayor abundamiento, estos ejemplos nos ponen de relieve el primordial hecho, al que constantemente volvemos, el que en la vida psíquica corriente, fuera de todo plan científico o expresión de cultura, el concepto de espacio es tan impreciso que cuando a él recurrimos lo hacemos con una idea deformada, sirviendo en múltiples ocasiones sólo de soporte en la expresión de una acción.

III

La Orientación en Psicología comparada. El instinto de orientación.

Al tratar de la orientación en el hombre no podemos pasar en silencio sobre el problema de la orientación en los animales, tan estudiada por la Psicología comparada. Psicólogos y naturalistas que han colaborado con mucho interés, han catalogado una porción de muy curiosas observaciones y bien dirigidos experimentos. El problema de las palomas mensajeras, así como la orientación de los insectos, han apasionado a los sabios, los que han aportado cuantiosa contribución. Sentimos no poder ser extensos en la exposición de estos trabajos, que nos apartaría de nuestro primordial fin, pero a quien interesen estas cuestiones puede consultar las publicaciones de Claperède, Pieron, Loeb, donde encontrará detalladamente información de observaciones, experimentos y de interpretaciones sobre tan sugestivos estudios.

No obstante, dos cosas importantes, por lo que esto nos interesa, débense puntualizar: lo que hace referencia al «instinto de orientación» propiamente dicho y la diferencia a establecer entre los dominios de la llamada psicología animal de los de la psicología humana, mejor dicho, la separación que entre ambos existe.

Refiriéndonos al «instinto», reparemos que no hay entre los experimentadores un completo acuerdo sobre la génesis de la orientación. Se hace intervenir en ella la memoria topográfica, en la que parece representar importante papel el recuerdo de las percepciones visuales y particularmente el orden de sucesión en que éstas se registraron (experimentos efectuados en el *bombix*, abejas, hormigas, peces y palomas). Se ha insistido también en la memoria de un registro de movimientos musculares, particularmente en su aspecto cronológico; o sea, en el orden que se han sucedido, de modo tal, que si el animal impresionó y aprendió un orden de sucesión de movimientos, invirtiendo completamente ese orden desarrolla toda la serie hasta su comienzo, como un film impresionado que se proyectara a la inversa, siguiendo, por tanto, una pista que le conduce al fin propuesto. Se ha hablado, asimismo, de la intervención de otras influencias, de acción más obscura, tal como factores cósmicos, dirección de viento, posición del sol, acción de la luz, etc.

No puede negarse que en la manifestación de ese instinto median múltiples causas físicas y funciones de fisiología nerviosa que lo despiertan y condicionan.

El error, a nuestro criterio, es la constante confusión entre los dominios fisiológico y psicológico, tantas veces aquí mencionado. Se hace caso omiso de que los animales, agregados de fenómenos físicos y de funciones han sido puestos en marcha y son mantenidos por un impulso vital, por obra de la Creación y la función puesta al servicio de ese impulso no puede ser confundida con él.

La Psicología comparada, y aun la Psicología experimental (en el hombre), en su más amplio criterio, nos parece que no ha salido del campo de la Fisiología a la mayor altura que se quiera, pero fisiología al fin.

Si la existencia de «instintos» se presiente (el de la orientación y otros), si hay convicción que existen y la razón impone esa idea, es indudable que su estu-

dió corresponde a una psicología, pero los hechos aportados hasta el presente son catalogables sólo en fisiología. Las relaciones entre ambas clases de manifestaciones, por estrechas que sean, no autorizan a considerarlas de la misma naturaleza. Hay un organismo nervioso, anatómico y funcional y hay un organismo psíquico, cuyas leyes son distintas.

En su debido lugar veremos después que el plan de trabajo adoptado en clínica respecto al examen de la orientación es el mismo seguido por los observadores y experimentadores de la Psicología comparada, realizado siempre en una base anatomofuncional, cosa que sin ser la mejor posición es comprensible, dada la rigurosidad del método experimental y por el espíritu serio de observación. En conjunto, los mismos hechos y las mismas hipótesis barajan clínicos y experimentadores.

Pudiera decirse que es la literatura profana la que presenta observaciones más elocuentes del aspecto psicológico de los animales; naturalmente que están envueltas en la fantasía de los literatos. No obstante, por lo que se refiere a las actitudes, a las conductas y a las reacciones en el comportamiento psíquico de los animales, son algunos de estos autores maestros en descripciones.

Lafontaine, Iriarte, entre los fabulistas; Courbout, entre los novelistas, nos presentan completas observaciones de los instintos animales, que para nuestro objeto de estudio tienen más fundamentos psicológicos que la experimentación en los laboratorios especializados.

Ciertamente que novelistas y fabulistas personifican o humanizan sus zoos y aun les dotan de raciocinio y juicio, tan gracioso y artísticamente como se quiera, pero completamente falso, y esto es elevar los instintos a la categoría de reacciones anímicas, sobre lo que no podemos estar conformes. Mas no se puede negar que Lafontaine, como alguien ha dicho por su sagaz espíritu de observación, hace un verdadero perfil psicológico de sus personajes, y el mismo Courtout, por haber convivido en las nortañas selvas y heladas estepas canadienses con la variada población zoológica de aquellos bosques y estando dotado de penetrante intuición y atento espíritu observador, dejando aparte lo que su ágil y lozana pluma adornó los hechos, como profundo pensador filósofo ha sabido explorar el comportamiento intuitivo de sus animales, quedando sus novelas esmaltadas de preciados pensamientos psicológicos.

Sus observaciones y las recogidas de los cazadores y tramperos en perros, osos y otros animales, dicen más de ese maravilloso instinto que lo expuesto por los experimentadores. A propósito de esto, contando el autor las andanzas de un oso, hace resaltar, con aguda penetración intuitiva, la importancia de la influencia sensorial en la formación del instinto de la orientación en este animal. Explica cómo la notable miopía del oso, que pudiera ser grave contrariedad a su género de vida, que requiere un continuo alerta para evitar el peligro del acecho de los otros animales y aun de los cazadores, no le impiden el enterarse de la presencia de otros seres en las inmediaciones de las montañas, aun a grandes distancias, ni en recorrer los caminos más intrincados para llegar con seguridad a su guarida, en ocasiones a muchas millas del lugar donde va en busca de alimento. Del mismo modo, lucha hábilmente con sus enemigos, asestándoles precisos zarpazos con asombrosa destreza y manteniéndose firme y seguro, bien sea al borde de un precipicio.

Ve en este animal, dicho novelista, la posible sustitución en el oso de sus pobres percepciones visuales, a las que dan tanta importancia los psicólogos en la orientación espacial, por sensopercepciones de otra índole, olfatorias o acústicas; o, tal vez, por las de otro sentido desconocido por el hombre, que pudiera estar muy desarrollado en estos u otros animales. Aunque se inclina a creer que, más que otra cosa, ese instinto es como una tendencia psíquica, como cierta facultad para orientarse.

Ideas semejantes expone también el entomólogo Fabre, el cantor provenzal de la vida de los insectos. Cita este sabio naturalista la observación efectuada en el macho de la mariposa *Gran Pavon*, el que desde enormes distancias y de lejanos países (Africa) acude a visitar la hembra de su especie, que Fabre retiene prisionera en su laboratorio de Serignau (Pirineos Orientales) y que con una serie de ardidés técnicos va eliminando los posibles estímulos sensoriales que pudieran ser incriminados como causa de atracción, no evitando que los machos del *Pavon* acudan hasta el lugar donde guarda la hembra de esta mariposa. Llega a la con-

clusión este naturalista, que dichos insectos son atraídos por un «misterioso instinto» con el que les dotó la Naturaleza. Tal vez, dice también, que pudiera invocarse la influencia de especiales radiaciones emitidas por la hembra, que parecidas a las ondas herzianas, transmitiéndose a grandes distancias, sean captadas por una especial sensibilidad del macho.

Fáltanos ahora relacionar lo que venimos exponiendo del instinto de orientación espacial, tan generalizado en la escala zoológica, como atestiguan las ya preteritas observaciones y clásicas experiencias, con el supuesto posible instinto de orientación en el hombre.

No compartimos la opinión de los que suponen que los instintos caracterizan la vida psíquica de los animales y la razón o juicio a la del hombre, como dos opuestos modos de comportamiento; no puede razonablemente existir tal oposición.

Ciertamente, carece el animal de esa admirable facultad de raciocinio y de libre elección entre el obrar y el dejar de obrar, pero el psiquismo humano está integrado por otras cosas más que sólo el pensamiento, voluntad, etc., que son funciones superiores o elevadas. Posee también una cantidad de impulsos e influencias de origen orgánico, las unas, como las endocrinas, neurovegetativas, y otras cenestésicas, las que indudablemente toman parte en el modelado de la personalidad; y otras de origen desconocido, instintos, tendencias y variados impulsos, que modifican en parte los actos volitivos. Esos agentes son semejantes a los de los animales, porque esas «direcciones» intuitivas, casi siempre ligadas o en relación con importantes actos o finalidades de la vida, tanto orgánica como de relación, son direcciones dictadas por un poder biológico desconocido hacia una finalidad a cumplir, ordinariamente ineludible.

Lejos, pues, de existir una oposición entre el comportamiento instintivo del animal y el comportamiento racional del hombre, hay una correlación, que está en justa relación con el plan biológico, que es único para todo lo creado. Lo que separa uno de otro comportamiento es que, en tanto el animal cumple una misión en su vida que no puede voluntariamente torcer ni cambiar, el hombre posee libertad en proseguir un camino u otro, pues si se empeña en elegir entre sendas diferentes y adoptar fines diversos, lo logra; y, sobre todo, escoge en su comportamiento, valorando lo que cree más digno o lo que le complace más, aun a trueque de una conducta antinatural que llega a sublimar en un heroísmo o que convierte su existencia en la mayor de las aberraciones, como harto ha demostrado.

Pero, hemos de tener presente que el impulso vital, la vida en sí misma, lleva como a condición estar asegurado ese impulso, precisamente para que la vida no se detenga. Y esas inclinaciones naturales son a las que nos referimos, particularmente a los instintos.

De ello tenemos muy obscura conciencia y casi puede decirse que el hombre no se percató más que por sus efectos. Ciertamente, no hay categórica explicación de todo esto. Es el soplo divino de un «hágase» que pone en marcha la voluntad de un omnipotente.